

# La grandeza de Roma y la tradición mitológica

J. J. SAYAS ABENGOCHEA

Los orígenes remotos de los pueblos y de las ciudades antiguas acostumbran a proyectar sus raíces en el mágico encanto de la leyenda, pero ninguna de esas leyendas ha gozado de tanta celebridad como la de Roma. La verdad es que tenemos varias Romas. La Roma arcaica destilada del relato mítico y la Roma que la arqueología ha dado a luz tienen pocos puntos de contacto, y de ambas surge la «Roma histórica» es decir, la que buscan los historiadores de la antigüedad intentando relacionar y encargar la evidencia concreta de la segunda con las sugerencias e imprecisas aportaciones de la primera.

## 1. La leyenda de la fundación de Roma

La leyenda de los orígenes de Roma es doble y responde a contextos y épocas diferentes. Una parte tiene como protagonista al troyano Eneas colonizador del Lacio; la otra a Rómulo, fundador de Roma.

Permítaseme resumir brevemente esas leyendas. Huyendo de la ruina de Troya con su padre, su hijo Iulo o Ascanio y los seguidores troyanos, Eneas, hijo de Anquises y de Afrodita, alcanzó la desembocadura del Tiber. Traía consigo los Penates, antiguos protectores de Troya, con la intención de que garantizaran también el destino de la nueva ciudad donde llegara a establecerse. Allí casó con la hija de Latino, rey de los Aborígenes<sup>1</sup>, y se alió

<sup>1</sup> Una opinión tan antigua, al menos, como del siglo V a. C., cuando era propalada por los Heraclidas del Ponto, consideraba a Roma como una fundación griega. Dionisio de Halicarnaso, un griego afincado en Roma después de la batalla de Actium, participa de esta opinión y considera que antes incluso de la llegada de Eneas a Roma fueron dos las posibles fundaciones de Roma. Una de éstas estaría asociada con las tribus de los Aborígenes y de los Pelásgicos (Dion. Halic. I, 89, 2). Para los oscuros Pelásgicos véase H. H. Schullard, *The Etruscan Cities and Rome*, Londres, 1967, pp. 35 ss.

con el corintio Evandro<sup>2</sup>, fundador en el Palatino de la antigua Palantea, para derrotar a Turno, rey de los rútuos, que también pretendía la mano de la hija de Latino. Fundó la ciudad de *Lavinium*, mientras que su hijo Iulo o Ascanio, andando el tiempo, lo hizo con Alba Longa. Como la caída de Troya se fechaba en torno al 1175 a. C. y la fundación de Roma en 753 a. C., si se quería ensamblar el primer bloque de la leyenda, la de Eneas, con la propia fundación de Roma por Rómulo y su fecha fundacional, se hacía preciso llenar ese «decalage» de 300 años con una dinastía en Alba Longa de doce reyes. El último rey de esta dinastía, Amulio, era destronado por Numinator y, para que Amulio perdiera toda esperanza de tener descendencia, se hizo ingresar a su hija Rea Silvia en la institución de las Vestales. El abrazo amoroso de Marte fecundó en ella la simiente de dos gemelos, Rómulo y Remo.

Este segundo bloque de leyendas se presenta bajo una luz distinta. Los dos gemelos, hijos de Marte y de Rea Silvia, fueron arrojados al Tiber junto a la higuera Ruminal y luego devueltos por la corriente del río a la orilla. Amamantados por una loba en la cueva Lupercal, en el ángulo sudoeste del Palatino, fueron recogidos y criados por un matrimonio de pastores, Fáustulo y Larencia. Ya mayores, marcharon a Alba Longa y, tras reponer en el trono a su abuelo, la abandonaron para ir a fundar la nueva ciudad de Roma.

Toma de los auspicios, designación divina de Rómulo, trazado del surco primordial y de la muralla de Remo, tales serían los episodios más importantes. Este bloque del mito de los gemelos unidos hasta el nacimiento de Roma es de origen y elaboración latina, aunque, según ocurre casi siempre en estos casos, resulta difícil precisar la fecha de su elaboración y configuración<sup>3</sup>. Lo que sí se conoce ya como dato histórico fiable es que a comienzos del siglo III a. C. junto a la higuera Ruminal una estatua de bronce

<sup>2</sup> La segunda se relaciona con una migración griega desde *Pallanteum*, ciudad de la Arcadia, bajo el mando de Evandro (Dion. Halic. I, 31, 1; 32, 5). Esta tradición de Evandro, anterior a Eneas, la recoge también Virgilio (Eneid. VIII, 51-54). Sin embargo, uno y otro ofrecen actitudes distintas. Cuando Dionisio de Halicarnaso llega a Roma, el 29 ó 30 a. C., el movimiento arcaizante y de búsqueda de las raíces originarias está en boga. Es significativo que a su obra histórica la llame *Antigüedades Romanas*. Su deseo, que se considera quizá erróneamente como emanado de un desmesurado sentimiento griego, buscaba fundamentar sobre cimientos de grandeza los orígenes primitivos de Roma. No le parecía muy noble que Roma debiera su arranque a unos fugitivos. Otorgaba a la ciudad la solera de un enraizamiento griego ocasionado con las migraciones griegas de las que la troyana sería una más, mientras que Virgilio hace del fundador de Roma un descendiente de los troyanos, enemigos de los griegos en la tradición. Para los restos antiguos en Roma véase E. Gjerstad, *Legends and Facts or Early Roman History*, Lund, 1962, pp. 7 ss.

<sup>3</sup> El fundador de Roma es considerado unas veces como una mujer y otras como un hombre. En el siglo IV a. C., Helánico llamaba a esa mujer *Rhomê*, ya sea griega, ya sea cautiva troyana. Pero también se hace a *Rhomê* mujer de Latino (así el historiador siracusano Calias c. 300 a. C.) o su hermana o su hija. En los comienzos del siglo II a. C. se buscó una aproximación de los dos núcleos de la leyenda, desde el momento en que se la casaba con Eneas y con Ascanio. Pero también se hacía derivar el nombre no de *Rhomê* sino de *Rhomus*. No resulta fácil rastrear el momento en el que pasó a ser considerado como único fundador de Roma, aunque un período como el siglo III a. C. parece aceptable.

representaba a la loba amamantando a los gemelos<sup>4</sup>. Pero indudablemente, como sucede con todos los mitos y leyendas que perduran en el tiempo, al núcleo principal de la leyenda se le fueron añadiendo diversos aditamentos.

Grandeza, ficción, factores exteriores de convergencia, realidad histórica camuflada, todo esto se conjuga en el poético relato del mito y deslumbra, ciega e irrita a los estudiosos más diversos, que en su esfuerzo de comprensión histórica precipitan la cuestión mítica en el mágico mundo de lo fatigosamente abarcable a medias.

Creo que cuando estudiamos el origen de Roma padecemos frecuentemente el síndrome del deslumbramiento. No podemos resistirnos a la sugestión de ver predestinado en sus comienzos su posterior futuro lleno de esplendor. Inconscientemente, conociendo como conocemos su meta final, perdemos el sentido de la proporcionalidad. La realidad primigenia, que con la ayuda de la labor investigadora deseamos conocer, es ajena, en gran parte, a los desarrollos históricos posteriores que Roma llevará a cabo, a través de los cuales se irá configurando ese papel que ha cumplido en el acontecer histórico de la humanidad. Y el caso es que ese mismo síndrome del deslumbramiento lo padecieron los antiguos; sobre todo los de la época de Augusto, que es cuando la leyenda recibe su más sólida potenciación. Para ellos Roma era el centro político y económico de un gran Imperio y su grandeza presente no podía ser la obra de unos desclasados y expulsados sino la consecuencia lógica de un arranque original fantástico que la predestinaba a la misma.

## 2. Crítica y nuevos planteamientos

Sobre la leyenda y los orígenes de esa Roma grande y paridora de pueblos, se iba a lanzar lo más granado de las más diversas competencias científicas en los distintos campos del saber histórico. Después de unas antiguas y tímidas críticas, el siglo XVIII conoce la firme postura crítica de L. de Beaufort en su obra *Dissertation sur l'incertitude des cinq premiers siècles de l'histoire romaine*. Pero es la hipercrítica del siglo pasado y la de los primeros decenios de éste la que lanzará decididamente sus dentelladas contra la leyenda. Con ella las fauces de la loba romana enmudecieron en la primera tarascada. De esta manera se rechazaban, más o menos en su totalidad, la autenticidad de los personajes tradicionales del mito. Mentiras, fantasías, personificaciones de epónimos, divinidades amasadas en pasiones humanas, todo ello se habría mezclado en esa creación artificial en la que entraban

---

<sup>4</sup> Tito Livio dice que los hermanos *Ogulni*, ediles curules, mandaron erigir junto a la higuera Ruminal una estatua de bronce de la loba amamantando a los Gemelos. La loba de bronce del Capitolio es una obra etrusca de la primera mitad del siglo V a. C. Véase, a este respecto, E. Petersen, «Lupa Capitolina», *Klio*, VIII, 1908, p. 44; IX, 1909, p. 29; J. Carcopino, *La louve du Capitole*, París, 1925. F. Matz, en *Studies presented to D. Moore Robinson*, I, Saint-Louis, 1951, cree que la obra es posterior al 475 a. C.

también factores religiosos, políticos y topográficos y quedaba ahora sometido al severo tamiz de la crítica, que lo convertía en el tibio y entrañable humo de especulaciones eruditas. Este peso de un pasado excesivamente crítico se proyecta todavía en las obras de un historiador tan eminente como lo fue E. Pais<sup>5</sup>, quien rechazaba toda la tradición como algo saturado de fantasía.

Pero el desmontaje crítico de los viejos mitos dejaba un vacío real y cronológico que era preciso cubrir, y se intentó hacerlo con nuevas hipótesis desconectadas ya del mito y procedentes de terrenos como el lingüístico, el arqueológico y el paleontológico, es decir, de campos que habían alcanzado cotas de cierto rigor científico. Con ellos se coloreaban las primeras etapas de la historia de Roma para dar la sensación de que, provistos de tales instrumentos, se había alcanzado en un terreno tan resbaladizo el rigor científico. Un protagonismo colectivo tenía a simple vista más consistencia y verosimilitud que un protagonismo individual. El origen de Roma se entendía ahora como resultado de migraciones de estirpes indoeuropeas. Y en esa línea crítica de pensamiento y descendiendo a consideraciones más concretas, como podría ser la creación artificial de la Roma *cuadrata* de Rómulo en el Palatino, se consideraba que, podía responder al asentamiento en el Palatino de los antiguos habitantes de los palafitos, que se suponían de forma cuadrangular<sup>6</sup>.

La Edad de Bronce es el periodo en el que se sitúa la aparición en Italia de gentes de habla indoeuropea. Han podido ser varias las oleadas cuya intensidad y variedad se desconoce. Pero, generalmente, las opiniones coinciden en la consideración de que dos de ellas son muy importantes: la que difundiría el bronce en la primera mitad del segundo milenio y la que difundiría el hierro en los últimos años de ese milenio. No todos los cambios y aportaciones culturales que ofrece la Arqueología pueden atribuirse a distintas oleadas o identificarse con una oleada concreta. Dentro del periodo del Bronce, una serie de aportes arqueológicos peculiares exhumados se agrupan en dos tipologías culturales concretas. Una responde a ese tipo de poblados que descansan sobre palafitos. Son los *terramaras*, que han dado armas y cerámica negra. La otra cultura, conocida como *apeniense* porque aparece a lo largo de los Apeninos, ha proporcionado unos poblados con cabañas. Son gentes que practican la inhumación, tienen armas de la edad del

<sup>5</sup> E. Pais, *Storia di Roma*, 2 vol. Turín, 1898-1899; idem, *Storia critica di Roma durante i primi cinque secoli*, 5 vol. Roma, 1913-1920; idem, *Storia dell'Italia antica*, 2 vol. Roma, 1925.

<sup>6</sup> Desde la antigüedad se han dado diferentes etimologías del topónimo Palatino. Evandro era una pequeña divinidad de la ciudad de *Pallanteum* en la Arcadia. Como en el relato mítico Evandro era el que mandaba en las colinas del Palatino, esto daba pie para hacer derivar Palatino de *Pallanteum*. Dionisio de Halicarnaso se muestra escéptico respecto a estas etimologías (I, 43, 1. Véase también Varrón, *De ling. Latin.* V, 53), sin que las ofrecidas por él tengan por eso mayores visos de verosimilitud. También en los tiempos modernos se ha sentido la necesidad de buscar etimologías a la palabra Palatino. Desechando la derivación a partir de *Pallas*, A. Pigorini en el 1921 lo relacionaba con la palabra latina *palus*, que entra en la composición de la palabra palafito. Y, así, de esta forma se abría el camino a la suposición de la ocupación del Palatino por los antiguos habitantes de los palafitos.

bronce, cerámica negra incisa y un tipo de ánforas bicónicas. La aparición de la cultura de los palafitos se centra en el norte de Italia, por lo que consideramos poco probable el corrimiento de gentes de la cultura de los palafitos hasta el Palatino para ocuparlo.

En la segunda mitad de nuestro siglo se ha operado un cambio de actitud que se detecta también en otras ciencias del saber histórico. Ya no agrada tanto el exacerbado rigorismo de una crítica paralizante y se camina por una vía más conciliadora y constructiva, a lo que ha contribuido el gusto por lo concreto y la inclinación al microanálisis. La antigua y básica pregunta metodológica acerca del valor real que podía tener el fondo histórico suministrado en un relato transmitido oralmente y por lo mismo tan proclive a las alteraciones, ha dado paso —y a esto ha contribuido la comprobación en otros casos de una fidelidad en la transmisión oral del relato— a la admisión de un fondo de verdad histórica, por lo menos en muchos de los personajes, como serían por ejemplo los primeros reyes de Roma, excepción hecha de Rómulo y ciertas situaciones de carácter general. Así, la potente Roma de los Tarquinios se veía corroborada por el desarrollo de los santuarios.

Pero también es verdad que los personajes involucrados en la historia de la Roma primitiva se ofrecen y parecen elaborados, más que con perfiles definidos, con un impreciso y diverso puntillismo impresionista. Muchos estudiosos han dedicado sus inquietudes y afanes, en relación con la representación del personaje y del contexto en el que éste se encuentra, a despojarlo de los ropajes de lo ficticio y fantasioso y ver lo que en cada uno de ellos y en cada situación podría atribuirse, aunque sea de un modo general, a un núcleo histórico y étnico<sup>7</sup>. En muchos casos los componentes de la personalidad de las figuras del relato quedan fuera del contexto histórico que correspondería a la época, por lo que se consideran como ficticios. En otros casos, no sólo la personalidad parece ficticia sino que incluso parece serlo el nombre, como acontecería por ejemplo con el caso de Rómulo.

Respecto a la posible veracidad de los nombres, el avance operado en los estudios proporcionaba la ayuda necesaria para penetrar en la estructura onomástica, en la diversidad de origen de los nombres y en las posibles alteraciones sufridas en el tiempo y en el espacio. Las inscripciones arcaicas etruscas aportan datos que ayudan a comprender el arcaísmo estudiado por Pallotino de algunos nombres de reyes romanos<sup>8</sup>. Queda en pie, como hueso de difícil digestión, Rómulo<sup>9</sup>. Aunque también para este nombre se ofrecen

<sup>7</sup> Véase acerca de los primeros reyes, incluido Rómulo, las opiniones de L. Pareti, *Storia di Roma e del mondo romano*, I, Turin, 1952; P. Fraccaro, «La Storia di Roma arcaica», *Rendiconti dell'Istituto Lombardo di Scienze e Lettere*, 85, 1952 = *Opuscula*, I, Pavia, 1956, pp. 1 ss.; P. de Francisci, *Primordia Civitatis*, Roma, 1956; E. Gjerstad, *Legends and Facts in Early Roman History*, Lund, 1962; J. Heurgon, *Rome et le Méditerranée occidentale jusqu'aux guerres puniques*, París, 1969.

<sup>8</sup> Véase M. Pallotino, *Testimonia Linguae Etruscae*, 2.ª ed., Florencia, 1968.

<sup>9</sup> Varrón (*De Leng. Latin.* VIII, 8) dice que «Roma viene de Romulus». Roma y Romulus podrían proceder de una misma raíz etrusca. También a Rómulo se le considera como

hipótesis explicativas desde el terreno de la lengua etrusca, no obstante, no deja de sorprender que lleve un nombre único, que no está formado con prenombre o gentilicio como el del resto de los reyes, o como Tito Tacio, su amigo-enemigo en el relato. Parte de las sospechas de que se trata de una creación artificial proceden de ahí. A pesar de todo, se ofrece la posibilidad de que *Romulus* responda a un «nombre único» o a un gentilicio *Romulius* correspondiente a una gens o tribu *Romulia* o *Romilia* y relacionada según Pallotino con la forma documentada del gentilicio etrusco *Rumlina*<sup>10</sup>.

Respecto a la antigüedad del mito, el historiador siciliano Álcimo menciona ya en el siglo V a.C. el mito de Rómulo y Remo, y pudo ser en esos momentos o un poco antes cuando lo adoptaran los romanos: poco a poco, a lo largo de los siglos IV y III a.C. la figura de Rómulo, como pretendido fundador de Roma, se habría ido imponiendo y habría perdurado, pese a la potenciación que con ocasión de las guerras púnicas experimentó la figura de Eneas.

### 3. Procedencia y utilización de los elementos de la leyenda

Pero, al lado de este tipo de consideraciones onomásticas, están también las eventuales especificaciones de los distintos ambientes en los que estos mitos se van configurando y tomando cuerpo<sup>11</sup>, y en este sentido se han abordado nuevos planteamientos. Se ha dejado de ver la Historia de Roma como un proceso que se explicaba y se sostenía por sí mismo, y de admitir que una dinámica propia interna y peculiar la transportaba por la fuerza de la inercia hacia su apogeo. Esa era la visión que proporcionaban los autores antiguos y que la historiografía moderna ha ido lentamente desechando. Porque la verdad es que los estudios lingüísticos y arqueológicos realizados evidencian fenómenos iguales o parecidos sobre zonas territoriales más amplias. Y la constatación inevitable de esta realidad lleva al planteamiento de que los orígenes de Roma y el análisis del mito fundacional sólo pueden alcanzar su verdadero sentido integrados en función de un mundo grecoitalico más amplio. Ya no se opera con el estudio de una civilización como si se tratara del análisis individual de un sistema cerrado.

Por otra parte, también se aprecia cómo en las distintas etapas cronológicas en las que transcurren las diversas partes del mito, se destilan, como consecuencia de las exigencias políticas imperantes, las versiones y los

---

antepasado de la antigua familia patricia de los *Romilii*, relacionada también con la tribu *Romilia*, que se quiere explicar en el sentido de que se trataría de la tribu «romana» en Etruria.

<sup>10</sup> Véase M. Pallotino, *Testimonia Linguae, o. c.*, n. 149; W. Schulze, «Zur Geschichte lateinischer Eigennamen», *Abhandl. d. Königl. Gesellsch. d. Wissensch. z. Göttingen Phil.-histor. Kl. Neue Folge*, Bd. 5, n. 2, Berlin, 1904, pp. 579 ss. P. A. Piganiol, *La Conquête Romaine*, 5.ª ed., París, 1967, p. 84 piensa que Rómulo podría ser quizá el epónimo de la tribu de los *Romilii* que vivían sobre la ribera derecha del Tíber. En cuanto a Remo, quizá debería su nombre a un antiguo lugar, *Remuria*, próximo a Roma.

<sup>11</sup> Véase M. Pallotino, «La primera Roma», *Studi Romani*, 5, 1957, p. 621.

aspectos míticos más convenientes y apropiados a los intereses de las potencias políticas.

En este sentido, respecto a Eneas, figura clave e inicial en el mito, la cuestión básica es saber cómo, cuándo y por qué el conocimiento de este personaje, ajeno como hemos de suponer a las más antiguas y peculiares creencias latinas, llegó a esos territorios.

Las respuestas a tales cuestiones son difíciles, pero en algunos aspectos de las mismas se pueden apuntar datos. Así, en el sur de Etruria, en el período que va entre el 525-470 a. C., parece asistirse a un entusiástico y repentino interés por la figura de Eneas. En ese período indicado, el motivo iconográfico de Eneas con Anquises tuvo una relativa presencia en vasos áticos de figuras rojas y, sobre todo, negras, y no falta su representación bajo otras formas. Del cómputo de vasos encontrados con representaciones de Eneas y Anquises un porcentaje muy importante corresponde a Etruria. También de Etruria procede un escarabeo del siglo VI que repite el tema de Eneas llevando los Penates y a su padre Anquises. Y este aspecto de la *pietas* de Eneas respecto de los dioses y de su padre es lo que repiten unas estatuillas datadas entre el 515-490 a. C. encontradas en Veyes y que podrían muy bien ser indicio de la existencia de un culto de Eneas por aquella época. En otras palabras, para finales del siglo VI y principios del V a. C. la figura de Eneas era ampliamente conocida y estaba ya adornada en el relato mítico, con unas virtudes como lo son el sentimiento religioso manifestado en el traslado de los Penates y la *pietas* filial que se revela en el traslado del padre a hombros<sup>12</sup>. Pero a cuestiones más concretas, como podían ser a través de quiénes y desde dónde vino esta leyenda, si desde Grecia directamente o desde Sicilia o desde Campania, no se puede dar una respuesta satisfactoria. Si parece razonable pensar que los etruscos la llevaran a Roma y que fue allí donde confluyeron la visión etrusca de Eneas y la visión griega, pero cómo, en este mundo de confluencias, se fue decantando la exclusividad de Eneas en su condición de héroe fundador de Roma y cómo se fueron adheriendo las relaciones que guarda con otras ciudades del Lacio<sup>13</sup> es algo a lo que debe prestarse atención. Porque no hay duda de que la complejidad en la elaboración del relato mítico<sup>14</sup>, el andamiaje de relaciones de Eneas con diferentes ciudades latinas —*Lavinium*, *Alba Longa*, etc.— y la elaborada adecuación de fechas busca como meta hacer de Eneas el fundador de Roma.

En el relato mítico, se produce la fundación de *Lavinium* porque en el

<sup>12</sup> Ya hemos señalado con anterioridad cómo Dionisio de Halicarnaso a todas las migraciones griegas sobre territorios itálicos las considera como un regreso (I, 89, 2). Y, en lo que respecta al caso de Eneas, acontece lo mismo, porque Dárdano, el mítico fundador de Troya, procedía de los territorios etruscos donde había participado en la fundación de *Corinthus*. Por esta razón los etruscos podían considerar a Eneas como uno de sus fundadores.

<sup>13</sup> Los aspectos relacionados con la leyenda de Eneas están recogidos por G. K. Galinsky, *Aeneas, Sicily and Rome*, Princeton, 1969. Para el hallazgo de una tumba del siglo VII a. C. que Dionisio de Halicarnaso considera como el santuario de Eneas, véase P. Sommella, *Atti della Pontif. Accadem. di Archeol. Rendiconti*, 44, 1971-1972, pp. 47-74; sobre Eneas y Rómulo T. J. Cornell, *Proceedings of the Cambridge Philol. Society*, 21, 1975, pp. 1-32.

<sup>14</sup> Véase A. Piganiol, *o. c.*, p. 80.

Epiro se había dicho a Eneas que fundase una ciudad en el lugar en el que se le apareciera una cerda con treinta cerditos<sup>15</sup>. En el fondo hay una rivalidad de ciudades. Alba Longa fue un lugar importante durante la Edad del Hierro, mientras que *Lavinium* era una pequeña ciudad, aunque destacada por sus lugares sagrados y sus ritos<sup>16</sup>. Tenía a gala el ser fundación de Eneas y el hecho de que éste en su peregrinaje hubiese llevado hasta allí los Penates. Es posible que el auge que experimenta en Roma el culto de los Penates —anterior sin duda alguna a la llegada del mito de Eneas— se deba a una influencia de *Lavinium*. Cuando los romanos se anexionaron *Lavinium*, pudieron encontrar arraigado allí el mito de Eneas, junto con la pretensión de que los Penates, a los que se rendía un culto local, procedían de Troya.

Pero, si volvemos a Etruria y nos preguntamos la razón de tan apasionado interés por la figura de Eneas, hay que admitir que la respuesta se nos escapa. Atendiendo al hecho de que Eneas aparece como un griego pintado por griegos podría pensarse a primera vista que se está manifestando un interés griego por un héroe que luchó contra héroes griegos. Pero, por otro lado, Eneas aparece pintado principalmente en productos exportados a Etruria, por lo que también pudiera ser exponente y reflejo de los gustos de sus clientes etruscos. No olvidemos que en este siglo VI a. C. las grandes potencias del Mediterráneo occidental buscaron, mediante el juego diplomático, un equilibrio de fuerzas que llevó al entendimiento de cartagineses y etruscos y a la confrontación de ambos contra los griegos en la batalla de Alalia del 540 a. C. El conflicto sirvió para establecer con mayor claridad las diferentes esferas de intereses de las tres potencias<sup>17</sup>. Y este trasfondo de confrontación militar y comercial cartaginés y etrusco, por un lado, y griego por el otro explicaría quizá el interés de los etruscos hacia Eneas, héroe que había luchado contra los héroes griegos, y explicaría también el hecho de que estos griegos se lo ofrecieran a la griega. Los griegos con la figura de Eneas, con contornos griegos, suministraban una base común y sugerían un acercamiento emocional a ellos, al mismo tiempo que un enfrentamiento respecto a Cartago.

Durante el siglo V a. C., comienza como hace Helánico, a relacionarse a

<sup>15</sup> Virgilio, *Eneid.* VIII, 39-49. Sobre el contenido simbólico que se encerraría en la utilización del número 30 hay consideraciones distintas. Ascanio fundaría en el mito Alba Longa 30 años después de *Lavinium*. Pero también se considera a los 30 cerditos (J. Heurgon, *Alexand.*, 1252) como las 30 colonias latinas o como las 30 curias romanas (véase M. Grant, *Roman Myths*, Londres, 1971, p. 77).

<sup>16</sup> Se han encontrado una serie de altares arcaicos (véase F. Castagnoli, «Sulla tipologia degli altari di Lavinium», *Bull. Commiss. Archeol. Comm. di Rome*, LXXVII, 1959-1960 (1962), pp. 145-172).

<sup>17</sup> Sobre las relaciones de cartagineses y etruscos, véase E. Colozier, «Les Etrusques et Carthage», *MEFR*, 65, 1953, pp. 63-98; M. Pallotino, «Les relations entre les Etrusques et Carthage de VII au III siècle av. J. C.», *Les Cahiers de Tunisie*, 11, 1963, pp. 23 ss.; J. Ferron, «Les relations de Carthage avec l'Etrurie», *Latomus*, 25, 1966, pp. 689-709.

Sobre las relaciones de griegos y cartagineses, véase S. Luria, «Zum Problem der griechisch-karthagischen Beziehungen», *Acta Antiqua*, 12, 1964, pp. 53 ss.

Sobre la batalla de Alalia M. Grass, «A propos de la bataille d'Alalie», *Latomus*, 31, 1972, pp. 698-716.

Eneas con Roma, y aparecen insinuaciones de introducir a este héroe en la leyenda de la fundación de Roma. Ello no es un obstáculo para que se siga manteniendo la idea, desde el siglo IV, de una fundación griega de la ciudad de Roma, de la cual conserva Virgilio algunos ecos. Así Evandro estaba ya como rey en el Palatino cuando llegó Eneas<sup>18</sup>. El hecho de que estas menciones procedan de autores griegos y aparezcan en unas fechas tan remotas como el siglo VI y V a. C. está descartando la intencionalidad de que constituyan una pretensión romana de aspirar a una vinculación y relación estrecha con el mundo griego, pareciendo más bien proceder de los propios griegos ese deseo de dar solidez al prestigio griego a través de su vinculación mitológica con una ciudad cuyo relativamente pujante desarrollo podía estar ya intuyéndose. En este sentido, Virgilio simboliza la reconciliación con Grecia, al colocar el más solemne acontecimiento de la Eneida, el descenso a los Infiernos, precisamente en Cumas, la ciudad griega de la costa de Campania.

Era, pues, una lenta configuración del mito con unas características en cada momento peculiares, al socaire de los acontecimientos políticos. La estrella fulgurante de Etruria languidece a finales del siglo VI y a comienzos del V a. C. y se apaga lentamente. Roma comienza su ascensión desde sus raíces etruscas. ¿Cómo no iba a entrar Eneas en el mito de su fundación? ¿Cómo no iban los griegos a dejar de agitar en el aire la idea de una fundación griega de Roma?

De la misma manera se pretende que antes o después de la bajada a los Infiernos había tenido lugar una visita de Eneas a Sicilia. Estesicoro pudo ser el propagador de una supuesta visita del héroe a Sicilia, a esa Sicilia preñada de recuerdos de Eneas en donde diversos lugares aludían a él con sus nombres y donde existía la tribu sacerdotal de los Eneidas.

Eneas griego, Eneas en el mito fundacional de Roma, Eneas visitando Sicilia, una mezcla alucinante de motivos, si bien no puede perderse de vista, en esta perspectiva, la gran cantidad de asentamientos cartagineses existentes en Sicilia y, en el fondo de todo, el fantasma de los conflictos entre cartagineses y romanos.

Ya no resulta extraño que los romanos comenzasen a utilizar entre los griegos de Sicilia el elemento mítico de una descendencia troyana común como factor apropiado para cerrar filas con los griegos y contrarrestar así el poder cartaginés en el oeste de Sicilia<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> Helánico c. 450 a. C. (F.G.H. 4 F, 84) dice que Eneas proviene de esa tierra y que fundó Roma junto con Odiseo. Véase también, a este respecto, la opinión de Damasteo de Sigeon c. 400 a. C. (F.G.H. 5 F, 3).

<sup>19</sup> En la Primera Guerra Púnica (263-2 a. C.) la alianza romano-griega podía conceptuarse como una consecuencia derivada de sus orígenes troyanos, en cuanto que relacionaba a los romanos con los griegos de Segesta, que contaban con un templo que se decía haber sido construido por Eneas. Los romanos mantuvieron estos *slogans* de sus orígenes troyanos, por un lado con vistas a mantener una postura de coherencia respecto de los griegos y, por otra, para contar con una cauta cobertura para sus ingerencias en los asuntos de los griegos orientales. Así,

Los romanos no eran los únicos en poner en circulación y en utilizar el mito con características específicas en apoyo de sus propias necesidades históricas y al servicio de la propaganda patriótica.

De la misma manera los griegos, teniendo como tenían un bagaje tan rico de mitos, utilizaron el que más les convenía en la versión más adecuada cuando Pirro<sup>20</sup>, rey del Epiro, vino en su ayuda contra los romanos. Entonces se propagaba la especie de que Pirro griego y descendiente de Aquiles movía una segunda guerra de Troya contra Roma, colonia y fundación troyana —ahora Eneas convenía que fuese troyano— y de que este nuevo conflicto greco-romano tendría en esta ocasión el mismo resultado que el primero. Mas Pirro, cómo no, se hundió en el vino agridulce de sus pírricas victorias.

#### 4. La arqueología y la Roma primigenia

Pero, al margen de estas consideraciones ¿qué puede decir la Arqueología acerca de los orígenes de Roma? La piqueta aporta su grandeza a la Arqueología; el amargo pan cotidiano de la Historia Antigua es la zozobra de la interpretación a la hora de integrar elementos de valor diverso. Nuevos hallazgos arqueológicos sucesivos han ensanchado felizmente el conocimiento de la Roma arcaica, que, además, puede enriquecerse y confrontarse con su comparación y contraste con los hallazgos acontecidos en otros lugares<sup>21</sup>.

Al margen de algunas huellas paleolíticas halladas en los territorios ocupados por Roma se tiene algún testimonio de época eneolítica. Son testimonios, no obstante, de no fácil encuadre en el marco diacrónico del

---

cuando en el 238 les llamaron los Acarnienses, respondieron de inmediato bajo el pretexto, destilado de la tradición mítica, de que eran los únicos griegos que no habían tomado parte en la guerra de Troya (Justino, *Hist. Phil.* 28, 6).

Sobre Sicilia en la época de guerra, véase D. Roussel, *Les Siciliens entre les Romains et les Carthaginois à l'époque de la première guerre punique*, Besançon-París, 1970. Para las relaciones de griegos y romanos en épocas anteriores, véase V. P. Drögenmüller, «La Magna Grecia e Roma nell'età arcaica», *Atti dell'ottavo convegno di studi sulla Magna Grecia*, Nápoles, 1971; E. Bayer, «Rom und die Westgriechen bis 280 v. Chr.», *A.N.R.W.* I, 1, Berlín, 1972, pp. 305-340.

<sup>20</sup> Para la figura de Pirro, véase P. Lévêque, *Pyrrhos*, París, 1957; J. Carcopino, «Pyrrhus, conquérant ou aventurier?», en *Profilis de conquérants*, París, 1961, pp. 9-108. Sobre las intenciones de Pirro, véase G. Nenci, *Pirro, aspirazioni egemoniche ed equilibrio mediterraneo*, Turin, 1953; W. Judeich, «König Pyrrhos'römische Politik», *Klio*, 20, 1926, pp. 1-18; A. Passerini, «Sulle trattative dei Romani con Pirro», *Athenaeum*, 21, 1943, pp. 92-112. Véase también E. Manni, «Pirro e gli stati greci nel 281-280 a. C.», *Athenaeum*, 37, 1949, pp. 102 ss.

Para las acciones de resistencia contra Pirro, véase G. Nenci, «Il trattato romano cartaginese κατά την Πύρρον διάβασιν», *Historia*, 7, 1958, pp. 263-299.

<sup>21</sup> Véase, a este respecto, los avances operados, en función de la menor o mayor cantidad de datos arqueológicos que tenían a disposición, entre las consideraciones elaboradas por U. Antonelli («Li origini di Roma alla luce delle scoperte archeologiche», *Atti del I Congresso Nazionale di Studi Romani*, Roma, 1929, pp. 27 ss.) y las que más tarde propuso P. Romanelli («Certezze e ipotesi sulle origini di Roma», *Studi Romani*, 1965, pp. 5 ss.). Todos los datos que se refieren a la Roma arcaica se encuentran recogidos en la obra de E. Gjerstad, *Early Rome* v. I-IV, Lund, 1953-1966.

asentamiento poblacional romano<sup>22</sup>. Ya hemos señalado que en la Edad del Bronce los territorios itálicos, desde el punto de vista arqueológico, manifiestan dos tipos culturales: los *terramaras* y la cultura apeniense. Así, en la zona del S. Omobono se han encontrado cerámicas del tipo apenino, bajoapenino y subapenino, es decir, cerámicas correspondientes al Bronce medio (1400 a. C.) y Bronce tardío (1230 a. C.) que implican un asentamiento muy estable a partir de esas fechas.

Pues bien L. Homo<sup>23</sup>, después de sintetizar el relato de la leyenda de la fundación de Roma, centra su atención en dos datos que le parecen relevantes. Por un lado, la importancia del Palatino, que de acuerdo con la tradición, se ofrece como el núcleo primitivo de la ciudad. Por otro lado, estaría la consideración contenida en el relato de que los que se instalaron en Roma venían previamente de Alba Longa. Esto último indudablemente es un exponente del grado de desarrollo e integración a que habían llegado los latinos, quienes, partiendo de un asentamiento limitado en espacio, experimentaron los estímulos apropiados para crear ciudades de la importancia y antigüedad de las de Lanuvio, Ardea, Alba Longa, Preneste y Roma. Respecto a lo primero, es decir, respecto al hecho de que en el relato de la leyenda se encontrara reinando en el Palatino, a la llegada de Eneas, el arcadio Evandro, que se había establecido en una de sus cimas, en el Germal, ello podría significar una perduración en el recuerdo y en el relato del hecho real de haber sido el primer lugar ocupado en Roma. Lo sorprendente es que las excavaciones realizadas desde principio de siglo ofrecen, por lo menos hasta ahora, la existencia en el Palatino de los vestigios poblacionales más antiguos<sup>24</sup>. Así, sobre el suelo del Palatino y el Germal se encuentran vestigios de cabañas que disponían de agujeros para apoyar los postes que servían de armazón de las mismas. Además, las urnas funerarias en forma de cabaña encontradas en Roma y también en los Montes Albanos permiten la comprensión más completa y exacta de la configuración de las mismas. Por otra parte, estos vestigios descubiertos en el Palatino y en el Germal pueden integrarse en un contexto arqueológico esclarecedor merced a los fragmentos cerámicos encontrados. El estudio de estos restos cerámicos conceden a esos asentamientos una antigüedad que se remontaría, de acuerdo con la opinión de Puglisi, a los inicios del siglo VIII, mientras que H. Rienmann la especificaría más, concretándola en torno al 750 a. C., fecha inquietante y próxima a la del año 753 a. C.<sup>25</sup> ofrecida por la tradición para la fundación

<sup>22</sup> Véase S. Sergi, «The palaeoanthropi in Italy, the Fossile Men of Sacco pasture and Circeo», en *Man* t. 48, 1948, pp. 61-64 y 78-79.

<sup>23</sup> L. Homo, *La Italia primitiva y los comienzos del Imperialismo romano*, vers. esp. México, 1960, p. 63.

<sup>24</sup> Véase L. Homo, *Rome antique*, Paris, 1921, p. 4; S. H. Puglisi, «Gli abitatori primitivi del Palatino attraverso le testimonianze archeol. e le nuove indagini stratigrafiche sul Germal», en *Monum. ant. dell'Accad. dei Lincei*, XLI, 1951, col. 3-38; O. Acanfora, «Note sullo scavo di una tomba arcaica sul Palatino», en *Bullet. della Commiss. archeol. di Roma*, t. 74, 1951-1952.

<sup>25</sup> Véase H. Rienmann, E. Gjerstad, *Early Rome*, III, *Göttingische Gelehrte Anzeigen*, 222, 1970, pp. 25 ss.

de Roma. Parece como si el recuerdo del asentamiento fundacional hubiese perdurado en el relato con una inusitada fidelidad<sup>26</sup>. Pero, si sobre la importancia de los hallazgos y su antigüedad hay una aceptación unánime, la cuestión de su datación se debate entre una cronología alta y una cronología baja.

La población asentada en el Palatino y en el Germal se ha puesto en relación con la necrópolis hallada en el Foro. En ella se encuentran, por un lado, las tumbas en forma de pozo que se consideran como las más antiguas; estas tumbas contenían las cenizas de los difuntos en vasos bicónicos y en urnas de forma de cabaña. Otras son posteriores: se trata de tumbas de fosa en las que se practicaba el rito de la inhumación.

Las urnas en forma de cabaña correspondientes a las tumbas de pozo, es decir, las tumbas que son más antiguas, tienen una gran semejanza con las tumbas y las urnas encontradas en las necrópolis de los Montes Albanos, lo que sería una muestra más de las conexiones existentes en todo el Lacio<sup>27</sup>.

También en el Quirinal y en el Esquilino se han encontrado tumbas. Son sólo de inhumación, por lo que se consideran un poco posteriores a las del Foro.

Estas aportaciones arqueológicas se han comparado con las encontradas en yacimientos etruscos, lo que lleva inevitablemente a plantearse una vez más la cuestión cronológica. Y, así, algunos se sienten inclinados a situar las tumbas más antiguas del Foro en el siglo X a. C.<sup>28</sup>, acostumbrando a partir de ahí a hacer una sucesión cronológica de cinco series de tumbas. Otros, por el contrario, son partidarios de una cronología baja, que colocaría las tumbas en los inicios del siglo VIII a. C.<sup>29</sup>. Si nos atenemos a los vestigios arqueológicos, aunque teniendo presente, no obstante, la posibilidad controvertida de poder situarlos en una cronología alta o baja, parece que hay que concluir que Roma, en el transcurso del siglo VIII a. C., llevó una vida lánguida y tranquila. Mas, andando el tiempo, para la primera mitad del siglo VII a. C., se cuenta ya con una mayor cantidad de materiales cerámicos, como vasos griegos protocorintos y un mayor número de vasos faliscos. Se

<sup>26</sup> Véase a este respecto las sensatas opiniones de M. Pallotino («Le origini di Roma, *Archeologia classica*, XII, 1960, pp. 4 ss.) y P. Romanelli («Certezze e ipotesi sulle origini di Roma», *Studi Romani*, 1965, pp. 5 ss.), en el sentido de que se trataría de una coincidencia sin contenido ni relevancia histórica.

<sup>27</sup> Véase T. Dohrn, «Des Romulus Gründung Roms», en *Mitt. des d. arch. Inst. R.A.* LXXI, 1964, pp. 1-20; E. Paribeni, «Ceramica d'importazione nel Foro romano», *Bullet. Commiss. Arch. Roma*, 76, 1956-1958, pp. 3-21.

<sup>28</sup> Esta es la opinión de H. Müller-Karpe, «Vom Anfang Roms, Studien zu den prähistor. Form- und Palatingräbern», en *Mitteil. deutsch. arch. Inst. R.A. v. Ergänzungsheft*, 1960; R. Peroni, «Per una nuova cronologia del sepolcreto arcaico del Foro, Sequenza culturale e significato storico», en *Civiltà del ferro. Studi pubblicati nella ricorrenza centenaria della Scoperta di Villanova*, Bologna, 1960, pp. 461 ss.

<sup>29</sup> Véase las opiniones contrarias de G. Gjerow, *Notes on the Iron Age Chronology of Latium, Opuscula romana III, Acta Inst. rom. regni Sueciae*, 1961, p. 103; E. Gjerstad, *Discussions concerning Early Rome 2, Opuscula Romana V*, Lund, 1965, pp. 1-74. Véase también los comentarios que A. von Gerkan («Zur Frühgeschichte Roms», *Rhein Mus.* t. 100, 1958, pp. 82-99 y t. 104, 1961, pp. 132-148) hace a la obra de Gjerstad.

piensa que la Liga Septimoncial<sup>30</sup>, que representa la primera unión política de los latinos de Roma, encajaría en este momento histórico. Durante la segunda mitad del siglo VII a. C. Roma experimenta un desarrollo sensible y se acrecientan las influencias de la cultura griega y etrusca. Los vasos itálicos, la cerámica griega y los *bucchèri* etruscos se dan en abundancia, y aparecen también santuarios en el Foro Boario, Capitolio, Quirinal, etc.

Desde el punto de vista del relato mítico, la fundación de Roma se realiza del modo acostumbrado al de las fundaciones coloniales, esto es, como un instantáneo surgimiento<sup>31</sup>. Pero, examinados los vestigios arqueológicos y enmarcados del modo más racionalmente posible en una secuencia cronológica, se desprende de inmediato un progresivo y continuo desarrollo desde unas ocupaciones primordiales situadas en la Edad del Bronce hasta llegar a la configuración urbana de la Roma de los Tarquinius.

A grandes rasgos y sin demasiadas pretensiones de exactitud los momentos importantes de la leyenda y de la Historia antigua de Roma se pueden encajar en esta secuencia cronológica establecida a través de los testimonios arqueológicos. Porque no se ve que se presenten dificultades insalvables para que los materiales de la Edad del Bronce correspondan a un asentamiento de esta época y para que éste, desde el punto de vista del mito, guarde relación con la fundación de Eneas, es decir, con el momento de llegada de Eneas a Roma, donde ya se encontraba Evandro mandando en el Palatino. Tampoco parece que podría haberlas para que los restos de las cabañas del Palatino y del Germal, junto con las necrópolis del Foro a las que se otorga una fecha próxima a la de la fundación de Roma, guarden relación con esa fundación tal y como aparece en la leyenda. De la misma manera que la ampliación del área poblacional de Roma, el incipiente desarrollo urbanístico y de las murallas se correspondería con el momento reflejado en la frase de Tito Livio: *Roma interim crescit*<sup>32</sup>.

Pero volvamos ya a las consideraciones históricas del mito y sobre todo a su utilización política. ¿Por qué precisamente en estos momentos concretos se difunde tan ampliamente el mito de los orígenes de Roma? No resulta extraño ni carece de significación que en el momento en que se está fundando un Imperio se rememore profusamente la fundación de Roma.

## 5. La pax augústea y la renovación religiosa

El establecimiento del Principado constituye una especie de revolución, en primer lugar una revolución política, pero sobre todo una revolución cultural.

<sup>30</sup> La existencia de esta Liga ha sido negada así P. Graffunder, *P.W. s.v. Rom*, pp. 1.018-1.021. Véase, no obstante, la opinión contraria de L. Homo, *La Italia primitiva, o. c.*, pp. 71 ss. Sobre la etimología del *Septimontium*, véase el trabajo de L. Adams Holland, «Septimontium or Saeptimontium», en *Transact. and Proceed. of the Amer. Philol. Assoc.* t. 84, 1953, pp. 16-34.

<sup>31</sup> A. Piganiol, *La conquête romaine*, 5.ª ed. Paris, 1967, p. 84, piensa que incluso en su fecha fundacional la leyenda se ha podido inspirar en las fechas fundacionales de las colonias griegas.

<sup>32</sup> Tito Livio, I, 30, 1.

El problema es que, tanto la una como la otra, aparecen superficialmente enmascaradas tras una apariencia de vuelta a la vieja legalidad y en formas culturales también viejas. De ahí que, a primera vista, el tránsito de la República al Principado nos dé la impresión de encerrar una tremenda paradoja: se camina hacia una restauración de la vieja y desprestigiada monarquía en una forma más autárquica y más absolutista, pero ese camino se presenta como una vía de restauración de la República. Pero la paradoja es sólo formal. Se produjo en verdad una especie de revolución, de tal manera que la Roma que resultó de ella es radicalmente distinta de la Roma anterior, de la Roma republicana.

Ahora bien, las revoluciones de tal envergadura y trascendencia presuponen unos elementos mínimos, que pueden considerarse como constantes de los procesos históricos de cambio:

a) Una decadencia irreversible de las instituciones políticas del modelo sociocultural existente.

b) Un agente de la revolución, que suele ser un grupo de élite con una o más cabezas visibles y representativas.

a) Un instrumento de legitimación del nuevo sistema que determina la aceptación del mismo por la comunidad. Se incluye aquí una ideología y una propaganda.

En la revolución romana se hacen presentes, en efecto, estos tres elementos, cuyo análisis resulta problemático, tanto por falta de evidencia en algunos casos como por las dificultades que limitan la interpretación de la misma.

La forma de legitimación del nuevo régimen es aquí una muy común en la historia: la referencia a un pasado idealizado, el hecho de presentar la revolución como una restauración de un pasado mejor. Es interesante constatar, en este sentido, cómo se organiza la ideología augústea para armonizar esas referencias al pasado con las realidades presentes y cómo se hace sentir todo esto al pueblo a través de una propaganda eficaz.

Este mundo en descomposición y en transformación se quema en la llama del desencanto y la consternación provocadas por las guerras sociales y civiles.

En las últimas décadas de la República los cambios de fortuna, las confiscaciones y la usura engordan en una sociedad aristocrática que, pese a su endeudamiento, no quiere renunciar a su dulce pasar<sup>33</sup>. Roma está viviendo por encima de sus posibilidades, que rápidamente se compensarán con los botines de Oriente. Pero en este período de guerras es sobre todo en el campo donde se dejan sentir más pesadamente las consecuencias. Por lo pronto, es necesario gratificar a los veteranos asentándolos en parcelas. Las expropiaciones de los propietarios y las expoliaciones a los campesinos fueron frecuentes<sup>34</sup>.

<sup>33</sup> Véase Horac. *Sát.*, I, 2, 7 ss.; II, 8, 20 ss.

<sup>34</sup> Virg. *Bucól.*, I, 3 ss.; 64 ss.; IX, 2-16.

En el terreno cultural, al final de la República, un sector intelectual y aristocrático consideraba que las manifestaciones religiosas eran superstición<sup>35</sup> mientras que el epicureísmo a su vez ofrecía un cuadro de dioses dichosos y distantes.

De esta situación de zozobra se intenta salir después de *Actium*. Es un momento de cambio, incertidumbre y decisión, que necesita en su orientación y en su fundamentación de la colaboración de fuerzas culturales coadyuvantes.

Este mundo en descomposición era sentido por el pueblo como el agrio resultado de la indiferencia, la impiedad y el abandono<sup>36</sup>. Desazón, en verdad, cada vez más profunda de la que se intentará salir mediante la renovación y restauración religiosa que Augusto emprendió propagandísticamente dos años después de *Actium*<sup>37</sup>. Esta política religiosa emana de la *pietas* que presupone una subordinación de la sociedad al orden ideal divino y al cumplimiento de los ritos. Las virtudes pertenecen a ese mundo ideal divino y entre las virtudes destaca como hemos dicho la *pietas*<sup>38</sup> porque ésta conlleva la protección de los dioses. Por eso la impiedad se considera como un atentado contra los dioses y contra el Estado, porque engendra las guerras y el desorden social. El restablecimiento de la fe y la política de reconstrucción material de los templos es el precio que hay que pagar para salir de la amargura de la guerra. Es necesario, pues, gozar de la *pax deorum* para poder gozar de la paz romana. El régimen pretenderá, por lo tanto, dar la sensación de estar haciendo una política de reconstrucción, de renovación y de continuidad del paganismo romano. Por esta causa, las alusiones a la reconstrucción de templos son frecuentes y la pretensión de imitar acciones del pasado es muy grande. En este sentido, como Rómulo, había instituido según la tradición el culto de Júpiter Feretrius<sup>39</sup> Octavio reconstruye ahora el templo de Júpiter Feretrius<sup>40</sup>.

En ese mundo renacido, Virgilio, como si hubiera querido ir siguiendo las pautas propagandísticas de todo un programa de reconstrucción nacional, irá evocando en sus *Geórgicas*, elaboradas en distintas épocas, la paz serena de los campos representada en un mundo mítico. Paz serena, que, en el ciclo de las Edades al uso, se inserta en la Edad de Oro que protege el *Latium* de Rómulo y Remo<sup>41</sup>, que es ahora el *Latium* de Augusto. Mundo sereno y casi

<sup>35</sup> Véase J. Bayet, *Histoire politique et psychologique de la religion romaine*, Paris, 1957, p. 104.

<sup>36</sup> Horac. *Odas*, III, 5, 10-12.

<sup>37</sup> Véase Suet. *Div. Aug.*, XXX, 4; Horac. *Odas*, III, 6, 2-4. Tito Livio (IV, 20, 7) dice: *Augustus Caesar templorum omnium conditor ac restitutor*. El mismo Octavio dice en la *Res Gestae* (XX, 4) que hizo restaurar 82 templos.

<sup>38</sup> Cuando en honor del príncipe, junto al altar de la Victoria, el Senado colocó un escudo de oro, en la inscripción que éste llevaba se alababan virtudes como la fuerza, la clemencia, la justicia y la piedad. Véase *Res Gestae*, XXXIV, 2 en C. Suetonii Tranquili, *Divus Augustus a cura de M. A. Levi*, Florencia, 1951, p. 145.

<sup>39</sup> T. Livio, I, 10, 6; IV, 20, 5.

<sup>40</sup> *Res Gestae*, XIX, 2.

<sup>41</sup> Virg. *Geórg.*, II, 352 ss.

pacífico el que emerge, pues, después de Actium, pero ya con anterioridad lo preparó ideológicamente el poeta a través de una mística apolínea, preñada de promesas de renovación. En el 41 a. C., después de la batalla de Perusa y de la paz de *Brindisi*, la IV Bucólica de Virgilio<sup>42</sup> profetizaba una era nueva, la Edad de Oro, bajo la tutela de Apolo.

«¡Musas sicilianas, cantemos cosas un poco más elavadas! No todos se deleitan con los arbustos y los humildes tamarindos; y, si vamos a cantar bosques, que esos bosques sean dignos de un cónsul.

Ya llega la última edad del canto profético de Cumas; nace un orden nuevo de siglos grandiosos. Ya regresa también la Virgen, vuelven los reinos saturnios, ya baja del alto cielo un nuevo linaje.

Tú, al niño que acaba de nacer y gracias al cual concluirá la generación de hierro y surgirá la de oro en todo el mundo, dale tu favor, casta Lucina: ya reina el Apolo tuyo.

En tu consulado, Polión, se iniciará ese honor tan grande de nuestra edad y comenzarán a sucederse meses magníficos bajo tu mandato. Si aún quedan vestigios de nuestra maldad, ya difuminados liberarán las tierras del eterno temor.

Aquél recibirá la vida de los dioses y verá a los héroes mezclados con los dioses, y él mismo será visto por ellos y gobernará con las virtudes patrias un orbe pacificado.»<sup>43</sup>

El tema de la sucesión de las edades mezclado con una mística soteriológica y arropado en un profetismo apolíneo cubría la figura de este niño predestinado y al mismo tiempo elemento de renovación. Lo profético, lo oracular, es decir la adivinación y la revelación aclararán el destino fijado al pueblo y a la ciudad de Roma. El porvenir de Roma comporta su continuidad, que se conjuga ineluctablemente con el retorno cíclico de su grandeza que se cumplirá con Augusto.

Parecidos mensajes se ofrecen en la Eneida de Virgilio<sup>44</sup>. Se remarcan los errores de la guerra<sup>45</sup>, se hacen correr ríos de sangre y lágrimas para alcanzar la meta reservada. De la misma manera, el carácter sobrenatural de los orígenes de Roma, la antigüedad de los mismos, sus dioses protectores propiciarán el esplendor romano, amasado, no obstante, en el dolor. Esta época augústea, momento de grandeza renacida semejante a aquella época henchida por una paz primigenia en un *Latium* regido por Saturno y Latino<sup>46</sup> se renovará ahora en la nueva Edad de Oro del reinado de

<sup>42</sup> Octavio ha tenido una vinculación especial con Apolo, al que dedicó un templo en el Palatino (*Res Gestae*, XIX, 1); Dión Casio, *Hist. Roma.*, XLIX, 15, 6).

Sobre esta IV bucólica, véase E. Norden, *Die Geburt des Kindes Geschichte einer religiösen Idee*, Stuttgart, 1924, pp. 14-46; J. Carcopino, *Virgile, l'homme et l'oeuvre*, Paris, 1952, p. 44.

<sup>43</sup> Virg. *Bucól.*, IV, 1 ss.

<sup>44</sup> Comenzada por Virgilio en el 30-29, es decir, después de *Actium*, y encontrada a su muerte entre sus papeles.

<sup>45</sup> Virg. *Eneid.* VII, 461; VIII, 327.

<sup>46</sup> Virg. *Eneid.* VII, 46; VIII, 325.

Augusto: «César Augusto, retoño de un dios, que conducirá los siglos de Oro al Lacio, en los campos que fueron en otro tiempo el reino de Saturno<sup>47</sup>.

Ya en el pasado se le había revelado a Eneas y éste pudo intuir el glorioso destino de Roma. Júpiter no asignaba límite alguno al poder de Roma ni a su duración.

Eneas, el pretendido antepasado de los *Iulii*, tiene en la Eneida un valor altamente moral y alcanza un significado glorioso. También él está adornado de la *pietas*, que es el respeto del deber y que es también y ante todo el cumplimiento y sometimiento al destino que ahora con su descendiente Augusto, que también está adornado con la *pietas*, comienza a hacerse glorioso. Anhelo y deseo de poseer *pietas* es lo que en el *Carmen Saeculare*<sup>48</sup> predica Horacio y pide a los jóvenes, para de esta manera seguir contando con el apoyo de los dioses.

Los recursos dramáticos de Virgilio se han movilizad para reforzar e ilustrar la continuidad entre aquel tiempo mítico que narra y sus propios días y para lograr hacer de los acontecimientos de los tiempos augústeos la culminación del proceso histórico mítico.

La leyenda de Eneas, punto focal de la propaganda de la *gens Iulia*, tenía su representación iconográfica en el *Ara Pacis*, nombre que ya de suyo concreta el deseo de paz de unas gentes atormentadas y endurecidas en las privaciones y en el dolor de guerras interiores y exteriores. En el *Ara Pacis*, consagrada el 13 a. C. y dedicada el 9 a. C., una de las escenas representa a Eneas en un acto de sacrificio a los Penates y a Italia bajo la forma de *Tellus* fructífera. De esta manera, se recoge el tema ya señalado de la elaboración operada en el mito de que el esfuerzo y el deambular de Eneas está en función de la consecución de un nuevo hogar para los Penates<sup>49</sup>. Y el pasado mítico unido al presente augústeo en la representación plástica produce un contrabalanceo que se continúa en otra escena en la que se representa a Octavio, a sus familiares y a sus amigos.

La representación iconográfica del mito en un elemento tan evocador como el *Ara Pacis* y la utilización misma del mito en función de Augusto, no dejaba de ser un sedante para las gentes deseosas de adormecerse en el sosiego de la paz. Era una paz surgida de las cenizas de las guerras y levantada, ante todo, sobre el dominio de los pueblos.

## 6. Justificación mítica del poder del príncipe y de las conquistas romanas

La victoria de *Actium* supuso el poner fin a una situación límite. Acabada la lucha por la supervivencia, el fragor de los combates se apagó. Se podía

<sup>47</sup> Virg. *Eneid.* VI, 792-794.

<sup>48</sup> Horac. *Carmen Saecul.* 45 ss.

<sup>49</sup> Véase M. A. Levi, *Il tempo di Augusto*, Turin, 1951, p. 269.

caminar hacia posturas más conciliadoras, aunque deseos alegóricos de ver sometidos a pueblos como los Bretones, los Partos y los Gangóridas del Indo<sup>50</sup> inflaman la inspiración poética de Virgilio y de Horacio. Mientras tanto, en el terreno de los hechos, con cauteloso pretexto pacificador, pero a la larga como ineluctable necesidad de sometimiento<sup>51</sup>, se producía la intervención romana en Aquitania y en los territorios cántabros y astures<sup>52</sup>.

Pero, después de estos deseos belicistas y de estas acciones de sometimiento, se caminaba hacia posturas más ecuánimes, que eran, en cierta manera, también justificativas de su poder. Porque el sueño de Augusto era pasar por un pacificador. En las *Res Gestae*<sup>53</sup> se dice: «El templo de Jano Quirino, que nuestros antepasados han querido ver cerrado todas las veces que sobre toda la extensión del Imperio romano, en mar y tierra, reinaba una paz adquirida por la victoria; mientras que, desde la fundación de Roma hasta mi nacimiento, la tradición sólo recoge dos cierres, ha sido tres veces bajo mi Principado cuando el Senado ha decretado su cierre<sup>54</sup>.

Y esa sensación de sosiego y deseo de paz ha calado en los contemporáneos, que, como juicio valorativo de su reinado, alaban «la larga paz», la «tranquilidad» y la «dulzura de la tranquilidad»<sup>55</sup>, aunque con distintas consideraciones en unos y en otros. Había un factor inicial previo, la paz, la tranquilidad y el sosiego sólo podían florecer en un campo que estuviese abonado con la satisfacción de verse cumplidas las exigencias del dolido orgullo nacional. En este aspecto, la devolución en el año 20 a.C. de las insignias perdidas por Craso ante los Partos restañaba viejas heridas y pasadas amarguras. El *Ara Pacis* era una realidad material y la *pax augústea*, tras las satisfacciones romanas sobre los alpinos (16 a. C.), los germanos (12 al 9 a. C.), etc., florecía en una tierra pletórica y en un mar tranquilo<sup>56</sup> porque el temor a las acciones militares, a los bárbaros, habían desaparecido por obra de Octavio, el *fatalis dux* «el jefe designado por el destino», como lo fue el antiguo Eneas.

Parece ser que Octavio no quería más audacias militares y que aconsejó mantener el Imperio dentro de los límites alcanzados<sup>57</sup>, lo que suponía una

<sup>50</sup> Véase, a este respecto, Virg. *Georg.* III, 13; que están escritos con posterioridad a *Actium*, y las consideraciones pertinentes de W. Richter, *Vergil Georgica*, Munich, 1957, pp. 261 ss. Véase también Horacio, *Odas*, III, 5, 2-4 que fueron escritas por Horacio en el 27 a.C.

<sup>51</sup> Incluso durante la época bajoimperial, cuatrocientos años más tarde, esta región se mantiene en un estado de eferescencia hasta el punto de que convistas a su control posiblemente tenga lugar la existencia de un *limes* guarnecido con tropas en el norte de Hispania. Véase, a este respecto, J. J. Sayas, en *Romanismo y Germanismo. El despertar de los pueblos hispánicos*, Barcelona, 1981, pp. 50 ss.

<sup>52</sup> Se exhortaba a que se procediese a audaces empresas (*Paneg. Mess.* 135 ss.): *No es la Galia a pesar de su proximidad la que se opondría a tu marcha en las empresas de Marte ni la insolente Hispania de vastas extensiones.*

<sup>53</sup> *Res Gestae*, XIII.

<sup>54</sup> Véase también Tito Livio, *Hist.* I, 19, 3.

<sup>55</sup> *Tác. Ann.* I, 2; *Tác. Dial. orat.* 38, 2.

<sup>56</sup> Véase Horac. *Odas*, IV, 5, 17-18; *ibidem*, 19. El libro IV de las *Odas* de Horacio lo publicó en el 14 a.C.

<sup>57</sup> *Tác. Ann.* I, 11.

intención relativamente firme, más que una realidad histórica, de renunciar a la serie de agresiones que con tanta prodigalidad practicaron los romanos en otras épocas y a las que tampoco Octavio había sido ajeno.

La consagración y dedicación del *Ara Pacis*, con su valor simbólico, como hemos dicho, hizo su mella en las gentes e incluso inspira el deseo de llegar a una situación en la que la búsqueda de la paz sea mayor tilde de honor que la realización de la guerra; una situación en la que ésta se emprenda para defenderse, aunque la ambición es que los pueblos no teman a Roma sino que la amen: «con tal de que el enemigo falle, que falte también la ocasión del triunfo: Tu (Paz), tú serás para nuestros jefes un título de gloria mayor que la guerra. Que las solas armas de los soldados sean aquellas que permiten rechazar las armas... que los países que temen a Roma le den su amor»<sup>58</sup>.

Estos deseos políticos nos parecen muy peculiares y sorprenden de un modo extraño como excesivamente conciliadores. Más que cualquier otra cosa sugieren compromiso y, en situaciones límites, acciones meramente defensivas. Es una postura más avanzada que aquella de la que Octavio, que ambiciona pasar por pacificador, se jacta. También él tiene deseos de paz, pero ésta es una especie de otorgamiento y concesión, una vez superadas ciertas exigencias que no son otras que la victoria romana. No puede haber compromiso de paz si previamente no ha habido victoria: «...todas las veces que por todo el Imperio romano, en mar y tierra, reinaba una paz adquirida por la victoria»<sup>59</sup>.

Hemos visto hasta ahora justificaciones éticas y morales de las intervenciones armadas, ampliaciones territoriales resultantes, malabarismos dialécticos liberadores de los escrúpulos de sectores cultivados, razones, en fin, de la sinrazón cuando se hace funcionar al mito y se palpa el destino que desde sus orígenes incumbe al pueblo romano.

El destino de Roma en el mito y en la *Eneida* no es un tema para la justificación eticomoral, es un tema de fe y creencia.

En el canto VI<sup>60</sup> de la *Eneida* se nos dice:

Que los otros pueblos, como los griegos, animen el mármol y el bronce convirtiéndolo en figuras, y estudien el curso de las estrellas:  
*tú, romano, acuérdate, debes dominar a los pueblos,  
 tal debe ser tu especialidad, dar duración a la paz,  
 perdonar a los pueblos dóciles y abatir a los soberbios.*

El destino que se le recuerda imperiosamente, sin paños calientes de justificación moral, es el de mandar. No habrá sosiego ni tranquilidad en esa apetencia de dominio ni tampoco puede haber pueblos independientes que sean un límite a ese dominio. Si su meta final, la «empresa» romana es «*dar duración a la paz*», *pacis imponere morem*, esto no se consigue más que con la

<sup>58</sup> Ovidio, *Fasti*, I, 709-722.

<sup>59</sup> *Res Gestae*, XIII: *cum per totum imperium populi romani terra marique esset parta victoriis pax.*

<sup>60</sup> Virg. *Eneid.* VI, 851 ss.

sumisión y con el dominio. Su consecución no se pierde en los vericuetos de disquisiciones teóricas; sino que tiene una aplicación mecánica: aquellos que se han colocado voluntariamente bajo las alas protectoras de las águilas romanas, aquellos humildes que han comprendido, aunque sea inconscientemente, la verdad mítica de la predestinación romana al mando (*paecere subiectis*), gozarán del perdón; pero aquellos que han osado por encima de las fuerzas del destino —*superbos* los llama— presentar cara a la misión histórica de Roma, a éstos se les destruirá (*debellare superbos*).

*Superbi* los lusitanos y Viriato por luchar contra el poder de Roma, *superbi* los Numantinos por luchar por su libertad. Virgilio había dicho: *Fue Júpiter mismo el que quiso que no resultará fácil del camino de la cultura. Superbi* también los griegos por no dejarse moldear en algunos aspectos culturales romanos. Se necesitaba, se requería, era preciso la guerra, la sangre, la masacre, la destrucción, para que sobre las mortecinas cenizas de la identidad de muchos pueblos destacara y brillara la paz augústea.

Dice un común adagio: todos los caminos conducen a Roma. Lo cierto es que todos los caminos emprendidos por Roma llevaban a la sumisión de los pueblos y a su redención en el mito a través de la misión suprema y liberadora en la cultura de la Roma eterna.